

Honra á tu padre y á tu madre, porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.

»No matarás.

»No cometerás adulterio.

»No hurtarás.

»No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

»No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.»

*
* *

He aquí, escuetos, los mandamientos que Jehová impuso á su pueblo, bajo promesa de felicidad si los cumplía, y de desgracia si á ellos era rebelde.

¿Qué puede decir de ellos una crítica razonada y justa? Que aparecen unidos mandatos privativos al pueblo hebreo, y mandatos universales obligatorios para todo hombre. Esta confusión, este sabor particular á las circunstancias de lugar y tiempo, indica bien claramente que esta obra es una obra puramente humana, que esta obra es un esfuerzo gigantesco del talento de Moisés, caudillo á la vez que legislador de un pueblo numeroso y desgraciado, que estaba disponiendo y educando para una grande y dificultosa conquista.

Moisés explica en ellos á Dios, no como un Ser supremo, infinito en el bien, en la justicia, en el poder, en la sabiduría, padre por igual de todos los pueblos y de todos los hombres; le muestra como un Dios privativo de los hebreos, más fuerte, más poderoso, más celoso de su culto que los dioses de los demás pueblos existentes á la sazón en los países cercanos al istmo de Suez. Se presenta como más humano que todos los otros dioses, puesto que no exige sacrificios horribles de personas, sino sacrificios de animales. Imbuido en erróneas ideas acerca de la

creación del mundo, requiere para Jehová un día, después de los seis de trabajo, no fundando esta exigencia en el natural descanso que el cuerpo exige tras el trabajo, sino en la santificación que hizo Jehová del día séptimo, descansando en él de tal manera, que ya debe hallarse aburrido de no hacer nada, pues de entonces acá todo tiempo, para él, debe ser día de Reposo.

Aparece claro y evidente que Moisés, avanzando sobre todos los pueblos de entonces, y aun sobre todos los católicos presentes y futuros, entiende que dios es una substancia cuya idea se envilece, prostituye é infama con representaciones ó imágenes, de cualquiera clase que sean; y para evitar que su pueblo caiga en el error nauseabundo de vincular en un grosero ó bello objeto la idea sólo perceptible en el espíritu, prohíbe con palabras atroces, toda fabricación de imágenes; tan atroces, que llegan á la crueldad más bárbara, incomprendible en Dios, de amenazar con sus iras á los hijos, nietos y biznietos de los adoradores de imágenes.

Si hoy resucitara Moisés, cuya ley Jesús dijo que venía á confirmar, y viese á nuestros católicos y católicas divididos en miles de cofradías para el culto de tal ó cual santo ó santa; si entrase en nuestros templos y viese cubiertas de mantos chamarruscos nuestras vírgenes de la Buena Leche ó del Buen Parto, á un San Roque con su perro, á un San Antón con su cochinillo, á un Cristo con una peluca de cola de buey bermejo, ó un faldellin apollillado, un triángulo con un ojo dentro para representar al Padre, una paloma para significar el Espíritu Santo y tantas aberraciones idolátricas como se ven, yo no sé lo que haría, pero sospecho, que con el geniecito que gastaba, era capaz, no ya de romper las tablas sobre la cabeza de tanto idólatra, sino de acudir á Jehová y pedirle para el mundo católico otra nube como la de Sodoma y Gomorra.

Todo es concebible en quien tan claramente pone en boca de Dios estas palabras: «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa.»

Afortunadamente para todos, Moisés no resucitará, y los católicos caerán de su asno, quiero decir, que se avergonzarán un día de la locura que les nace inclinarse ante las imágenes, algunas de las cuales merecen conservarse en un museo para muestra del mal gusto artístico de sus desdichados autores.

XVII

Las voces de Jehová debieron ser tan fuertes, la trompetería que sonaba tan estridente, las llamas tan vivas y el humo tan espeso, que, contra lo que parece fuera de toda duda, y contradiciendo además aquello de que *la verdadera felicidad consiste en estar mirando á Dios cara á cara*, los israelitas se escaman de tener á Jehová tan cerca, y, llenos de espanto, dicen á Moisés: «Habla tú con nosotros, que nosotros oiremos: mas no hable Dios con nosotros, porque muramos.» Esto me demuestra, como debe demostrar á toda persona de buen sentido, que Moisés produjo un pánico en su pueblo, sin más objeto que establecer las leyes que proyectaba con la fuerza y energía, y con las condiciones de estabilidad, que no hubieran podido tener promulgadas como mandatos ó recomendaciones de un mísero mortal. Los aterrados, oyen unas voces, hace creer á los aterrados que aquellas voces son la palabra divina; éstos le envían á entenderse directamente con Dios, y he aquí al legislador hablando en nombre de la divinidad y no en el suyo propio. Admiramos su habilidad y su buena intención: despreciemos la milagrería de que se vale, y sigamos analizando la obra.

*
* *

De aquí en adelante, queda relegado Jehová al segundo término de una sombra ó del tabernáculo, en donde habla con Moisés, que luego transmite al pueblo los mandatos de la divinidad. Y de una vez por todas advierto que, para mí, todo lo que se escribe en el *Exodo* con esta constante muletilla: *Y dijo Dios á Moisés*, no son otra cosa que tradiciones vagas del pueblo hebreo ó retazos de su primitiva legislación, ó principios morales adoptados por este pueblo antes de su instalación por conquista en la tierra de Canaan, conviniéndome advertir que, como ya tengo demostrado, no fué Moisés el autor de este libro, el cual debe atribuirse á la época de la restauración de Jerusalen por Esdras.

*
* *

No hagáis dioses de plata, ni dioses de oro.

Allá se las entiendan con este precepto terminante de la *Biblia*, palabra de Dios según los católicos, los católicos que se arrodillan ante los Cristos, Virgenes y Santos de todos géneros, categorías y dimensiones, hechos de plata ú oro macizos, de estos metales huecos, ó de estos metales alterados ó simulados, como los fabricados de plata Meneses, hoy tan en boga. Por mi parte, si no tengo por divino este mandato, le tengo por altamente humano, racional y digno; y como lo que en estas condiciones observo lo creo bueno, divino ó no divino, que se observe.

*
* *

«Y si me hicieres un altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares tu pico sobre él, tú le profanarás.» Yo no creo que Dios se metiera en estas nimiedades arquitectónicas; pero los católicos que lo creen, como Jesús no dijo en su evangelio cosa en contrario, faltan manifestamente á la ley de Dios á todas horas al construir sus altares de mármol pulimentado.

Pero ¡vamos! soy blando y suave en este punto, porque se me antoja que ellos, como yo, consideran esto una humorada de Moisés, por más que otra cosa aparenten.

* *

«Y no subirás por gradas á mi altar, porque tu desnudez no sea junto á él descubierta.» Yo veo subir al altar nuestros sacerdotes por gradas, en que descubro una contradicción á estas palabras. Lo que no he podido descubrir, es qué quiere decir esto de *desnudez*; por más que sospecho que debe ser alguna porquería.

¿No se está viendo aquí á Moisés haciéndole decir á Jehová cuanto á él se le antojaba?

* *

El capítulo XXI del *Exodo* establece leyes judiciales sobre los esclavos, hurto, homicidio y otras materias. Esta lectura patentiza lo que tengo dicho, y no es ninguna novedad por cierto, á saber: que el *Pentateuco* entero es una legislación hebráica, mezclada de tradiciones y leyendas más ó menos fundadas ó ridículas, con añadidura de principios morales y religiosos en que se hace cómplice á la divinidad de las ideas y preocupaciones del legislador.

Dios, ó no es nada, ó es lo eternamente justo. De dar leyes, éstas acusarian su justicia eterna, ó no serían leyes tuyas. ¿Quién hay hoy que admita la esclavitud, que en este capítulo se sanciona y se reglamenta? ¿Quién que apoye la poligamia aquí sancionada? ¿Quién que considere justo el castigar con la muerte las simples lesiones, el herir á los padres ó maldecirlos? ¿Quién, después de San Agustín, que apellidó á la ley del talion la justicia de los injustos, no se horrorizará de que se haga decir á Dios en este capítulo:

Ojo por ojo, diente por diente, mano por

mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

Afirmate, alma mía, en vista de estas palabras, en tu opinión de que esto es una patraña. ¿No ofenderías á Dios creyéndole capaz de estas abominaciones?

* *

Al lado de estas leyes inicuas é infames, hallo esta otra tonta y ridícula, porque aquí hay de todo como en botica, lo mismo mortal cicuta que unguento amarillo:

«Si un buey acorneare hombre ó mujer, y de resultas muriese, *el buey será apedreado* (quiere decir, muerto de esta bárbara manera), *y no se comerá su carne.*»

Vea el lector por dónde diablos los días que en los toros hay alguna cogida, desde el municipio que consiente la venta de la carne del *acorneador*, hasta los monos sabios que le sacan del corral y le hacen las primeras operaciones de desuello, infringen la ley de Dios. Verdad que ni ellos lo saben, ni de saberlos se les da una higa; lo que encuentro muy digno de censura en tan respetables católicos como somos los españoles.

* *

Capítulo XXII.—Leyes sobre hurto, depósitos, usuras y otros delitos. Como esto no interesa á nadie, á no ser á los abogados judíos, después de repetir lo que de lo dicho hace al caso, paso adelante, riendo de los inocentes que tienen á la *Biblia* por la palabra escrita de Dios. Sin embargo, para edificación de los que creen, copio estas palabras:

«A la hechicera no dejarás que viva. Cualquiera que tuviere ayuntamiento con bestia, morirá. El que sacrificare á dioses, excepto á sólo Jehová, será muerto.»

¡Vaya un orden, una decencia y una caridad las del Dios israelita!

*
* *

Capítulo XXIV. Sigue la legislación olvidada, trasnochada y estrafalaria. Y digo estrafalaria, por el revoltijo en las disposiciones, y en el espíritu que las inspira.

Al lado de este versículo, digno del Evangelio, donde hay una parábola que se le parece:

«Si vieres el asno del que te aborrece, caído debajo de su carga, ¿le dejarás entonces desamparado? Sin falta ayudarás con él á levantarle», leo este otro, en que Jehová da horror:

«Yo enviaré mi terror delante de tí y consternaré á todo pueblo donde tú entrases, y te daré la cerviz de todos tus enemigos.»

Como se ve, Moisés procura inspirar un odio inmortal á su pueblo hacia aquellos contra quienes le dirige. Además se ponen en boca de Jehová promesas nunca cumplidas acerca de conquistas de territorios; promesas de que los judíos, hace tanto tiempo sin casa ni hogar, deben conocer muy bien el valor que se merecen.

XVIII

A pesar de sus incoherencias y falta de método, el capítulo XXIV explica claramente que Moisés, después de haber hecho hablar sobre lo principal á Jehová en oídos del pueblo, elige á sus íntimos y á setenta ancianos, con los cuales sube á Dios, que, amansándose y prodigándose, se deja ver de todos ellos. «Y vieron—dice el texto—al Dios de Israel: y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno.» Las señas son mortales; y el que no forme por ellas la filiación de Jehová, poco debe tener de lo de Salomón.

*
* *

Leo en este mismo capítulo: «Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová.» «Y tomó el libro de la Alianza y leyó á oídos del pueblo.» Prueba concluyente, añadida á otras que apuntadas tengo, de que no es el *Pentateuco* la obra de Moisés, famosa con los nombres de *la ley de Dios, la ley de Moisés, ó el libro de la Alianza*, entre los hebreos, sino esto que aquí se dice escribió y leía á oídos del pueblo, libro cuyas disposiciones legislativas y cuyas fantásticas narraciones están esparcidas, ampliadas y repetidas y truncadas y hasta mixtificadas en los cinco libros del *Pentateuco*, muy posteriores á aquella obra original de Moisés.

*
* *

Después de haber mostrado, como queda dicho, á Jehová, sobre un embaldosado de zafiro, no gustándole á Moisés tanta gente, aunque debía ser de su confianza, quédase con su criado Josué solamente, y se dirige con él á la cumbre del Sinai, dejando el gobierno del pueblo, acampado al pie de la montaña, al cargo de Aaron y de Ur. Al monte descende una nube, que á los israelitas les parecía fuego, y entre aquella nube ó fuego permanece Moisés cuarenta días y *cuarenta noches*, palabras textuales, como para indicar que allá se dormía, y no probablemente sobre colchones de pluma.

*
* *

¿Qué hace en tanto tiempo, y en tan aislado lugar, el gran profeta israelita?

Cualquiera autor que no fuera el Espíritu Santo nos lo diría seguidamente. Pero el Espíritu Santo no lo tiene por conveniente, y nos encaja siete capítulos de legislación que pudiéramos llamar suntuario-religiosa, en que se nos dan los más insignificantes y hasta ridículos detalles sobre cosas que á los hombres de hoy que no sea

mos judíos, nos tienen perfectamente sin cuidado. Siempre es Jehová el que dice á Moisés que haga esto ó lo otro; y bajo esta perpétua muletilla, el profeta ordena lo que debe hacerse, y, en efecto, se hace entonces y queda estatuido por invariable ley para en adelante.

*
* *

En el cap. XXV se hace la descripción de *tabernáculo* en que el pueblo de Israel debe adorar á Jehová. Aquí aparece Jehová como arquitecto sumamente ligero, que muestra diseños de muy poco gusto á Moisés. Mándale hacer una especie de tienda, un arca de madera de Sittimunas anillas de madera para el arca y unas varas que se puedan meter por las anillas; dos que, rubines, una mesa con sus anillas y sus varas correspondientes, platos, tazones, un candelero de abigarrada forma, siete candelijas, despabiladeras y platillos para éstas.

No puede darse cosa más ridícula que estas divinas ordenanzas, en que se determinan hasta las dimensiones de los chirimbolos del culto hebraico.

*
* *

El cap. XXVI está destinado á describir por menudo las cubiertas de la tienda, templo ó cosa parecida, que se denomina tabernáculo. Lo bufo llega hasta el punto de consignarse las lazadas, corchetes ó pasaderas que han de tener las cortinas. Estas insignificancias, que desdoran la divinidad, en cuya boca se ponen, permiten imaginar con bastante exactitud lo que debió ser el tabernáculo, y pensar que los huracanes del desierto podían, llevándole en volandas, así como una lluvia fuerte, ponerle más blando que una breva.

Conviene advertir que por aquel tiempo los indios habían ya construido las soberbias pago-

das halladas en la roca viva de las montañas que hoy son el pasmo del viajero.

¡Y Jehová, que todo lo debía saber, estar tan atrasado, que se contenta con tan pobre y ruin y endeble construcción como era el *tabernáculo*!

Modestia cuando menos no le faltaba, y conocimiento de los medios é inteligencia de su pueblo, á quien, francamente, por entonces, pedirle más hubiera sido gollería.

*
* *

Capítulo XXVII. Tiene este rótulo: Del altar y de los holocaustos; del átrio alrededor del tabernáculo, y de las lámparas.

¡Menudencias! ¡Adelante!

*
* *

En el cap. XXVIII se describen las vestiduras sacerdotales. No tiene, pues, importancia más que para los sastres de teatro que se vean obligados á servir un drama de la época mosaica, ó para algún pintor, reñido con el dinero, que se diera á pintar cuadros en que figurara algún gran sacerdote de Israel, que si fuera representado propiamente como le manda vestir Jehová en este capítulo, haría grande efecto en la chiquillería y gente menuda.

*
* *

Capítulo XXIX. Del altar de los perfumes: de medio siclo, pila de bronce, bálsamo sagrado é incienso, y otras cosas pertenecientes al tabernáculo. Leído este capítulo, sólo me ocurre compadecer al desgraciado que tenga que volverle á leer. Sin embargo, en él se dan dos recetas: una para componer un unguento, y otra un perfume. Pero que ningún perfumista caiga en la tentación de aprovecharlas, porque dice así Jehová, que no puede mentir, ni engañarse ni engañarnos:

«Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pasiere de él sobre algún extraño, será cortado sobre sus pueblos.»

*
**

No sólo manda Jehová lo que se ha de fabricar, y cómo y con qué se ha de fabricar para el culto, sino que ordena á Moisés cuáles artifices, y no otros, son los que han de fabricarlo. Estos dos elegidos son Bezaleel y Aholiab, cuyos nombres consigno con mucho gusto, pues, aparte de todo, ellos debían ser lo más selecto de su pueblo, como trabajadores de genio, cuando fueron por Moisés designados para la obra. Y los nombres de los obreros ilustres los tengo por tan dignos de la celebridad como los de los ilustres capitanes ó teólogos, ó tal vez un poco más.

*
**

Ahora viene lo bueno:

En tanto que Moisés estuvo en el monte con Josué, el pueblo israelita, á quien pocos días antes había hablado Jehová á grandes voces; que había prometido solemnemente no tener otro Dios que aquel Jehová que tantos milagros con él había realizado; que había jurado fidelidad á Moisés, creyendo desaparecido á su profeta, se dirige á Aaron y le pide un Dios á la usanza de aquellos tiempos, un dios material, visible y tangible, á quien sacrificar.

Aaron pide al pueblo todos los zarcillos de oro que el pueblo poseía, los funde y hace un becerrito montísimo, ante el cual se arrodilla humilde y regocijadamente el pueblo, ofreciendo á la bestia de oro toda clase de sacrificios.

Paréceme que, en vista de esto, el que crea los pasados milagros, tan portentosos, que forzosamente, de haber existido, debían haber creado entre los israelitas un convencimiento en el poder de Jehová superior á toda sugestión y á

toda imposición en contrario, no se alza la altura de un tacón de bota sobre el sentido moral del último de los hebreos que dió los pendientes para fundir el becerrito.

No menos extraña é inverosímil que esta desobediencia del pueblo, es el diálogo que en tanto sostienen en el monte Moisés y Jehová, que se resume así:—*Jehová*: Moisés, bájate de aquí, mira que tu pueblo se ha puesto á adorar un becerro. Yo veo que son duros de cerviguillo los tales hebreos, y que hacen el mismo caso de mis milagros y de mis ordenanzas que de las coplas de Calainos. Déjame ahora que los mate á palos, que á ti te daré otra gente más decente.

Moisés: No me los mates, Jehová, no me los mates. ¿Qué dirían los egipcios entonces de mí? ¡Pues poca burla que me harían si después de lo que les tengo á los míos prometido, los encontrarán por estas breñas y desiertos despedazados! Acuérdate también que ellos son los hijos de Jacob y de Abraham, á quienes prometiste innumerable y poderosa descendencia. ¿Qué se diría de tí si no cumplieses tu palabra? ¡Vaya que los dos estamos en un compromiso!

Jehová: Tienes razón. No hay nada de lo dicho. Me arrepiento de haberme dejado arrebatarse.

*
**

Que este ridículo diálogo es una falsedad, se demuestra en el mismo capítulo, pues Moisés descendiendo, cargado con dos tablas de piedra, que debían pesar bastante para unas manos temblonas como las suyas, acompañado del fiel Josué. Al oír el estrépito del campamento, Josué dice: Parece que hay pelea... Moisés, que si fuera verdad el diálogo debía saber lo que pasaba, replica: No; es que cantan y se divierten.

La ignorancia de Moisés es lógica, lo ilógico es el diálogo con Jehová. Esta ignorancia le hace, como es natural, arrebatarse en cólera al saber

la verdad. Tira las tablas, haciéndolas pedazos, corre al altar y arrebató el becerro que le deshonra, hácele moler en fino polvo, echa éste en agua y se la da á beber al pueblo miserable que prostituye la idea de la divinidad, vinculándola en un inmundo animal.

Este acto del anciano y sabio legislador, le pone muy alto en mi consideración: sólo energías de esta clase y caracteres de este temple salvan las naciones y salvan las doctrinas. ¡Bien por el valeroso monoteísta, por el ilustre pensador y legislador, que da á beber su dios á un pueblo fetiquista! ¡Tanto como es despreciable y necia la milagrería que acompaña á estas narraciones, es sublime y heroica la conducta del salvado de las aguas en esta ocasión solemne!

XIX

Acabo de entusiasmar me con Moisés, con motivo; y con motivo también voy ahora á tildarle de bárbaro y cruel. Destruído el becerro de oro, y bebido por el propio pueblo que acababa de adorarle, Moisés, en vez de castigar á Aaron, su hermano, admite sus vanales disculpas, y descarga su ira sobre el necio vulgo, que es en la Biblia siempre y para todo el último mono.

Al efecto del castigo, Moisés congrega á la tribu de Levi; arma esta gente destinada al culto, y á quien tenía marcada predilección por ser de la familia, y por orden de Jehová los lanza sobre los idólatras indefensos. En nombre, pues, de la Divinidad, los levitas hacen una matanza horrible, degollando al niño como al anciano, á la mujer como al varón robusto. A este hartazgo horrible de sangre inocente, le llama el *Exodo* consagración de los levitas. ¡Horror me dan tal Dios y tales sacerdotes!

A la barbarie junta aquí Moisés la burla, pues cuando ya el degüello estaba hecho, ruega pia-

dosamente á Jehová que le perdone al pueblo el nefando pecado que había éste cometido. Por supuesto que Aaron, en vez del castigo que merecía, recibe la prebenda del sumo sacerdocio, á pesar de haber fabricado el *becerrito*.

*
* *

Aparte de otras zarandajas sobre el ir y el venir, la columna de nube, etc., cosas que ya dan sueño, hallo en el cap. XXXIII un donoso capricho de Moisés, que Jehová, á pesar de lo mucho que le estimaba, sólo satisface á medias. ¡Qué capricho es ese, dirá el lector, tal vez sorprendido que hombre tan serio como Moisés se permitiera *caprichos*? Pues uno bien natural, y es el conocer á Jehová personalmente; á aquel Jehová que á todas horas le hablaba. ¡Ver á Jehová? «¡Pues qué!—dirás. ¿No le había visto ya sobre un embaldosado de zafiro? ¿No le ha hablado boca á boca, como cualquiera á su compañero?» Sí, lector, todo eso es cierto; pero también deben ser palabras bonitas, y nada más, pues ahora Moisés pide formalmente á Jehová que le enseñe la cara, prueba de que no se la había visto. Mira, si no, cómo leeríamos esto; leo:

«*Moisés*: Ruégote que me muestres tu gloria. «*Jehová*: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá. Hé aquí lugar junto á mí, y tú estarás sobre la peña. Y será que, cuando pasare mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas, mas no se verá mi rostro.»

¡Bufo, bufo, extraordinariamente bufo! Con todo su renombre, esta peña de Horeb, esta visión, Moisés tapado por la mano de Jehová en una rendija de la roca, y Dios enseñando nada más que la popa á su profeta predilecto, sólo son digno argumento de una opereta de Offembach.

*
* *

Como en el primer viaje había sido inútil, pues en su furor Moisés había hecho pedazos las tablas de la ley ó del pacto con Jehova, hay otra subida al Sinaí en el cap. XXXIV, y otra estancia allá de cuarenta días y cuarenta noches. Moisés ni come pan ni bebe agua en este tiempo, á pesar de que debió sudar la gota gorda para labrar las piedras y esculpir los mandamientos. Este Tanner antiquísimo baja, tras dieta tan descomunal, tieso, lucido y resplandeciente, con las susodichas y consabidas piedras. Y esto de lucido no se tome á broma, pues consta que su rostro, sin él saberlo, relucía como la plata, lo que pone espanto á los israelitas que tuvieron ocasión de observar esta nueva maravilla de tocador.

Sobre esto de los cuarenta días y sus noches que estuvo Moisés, por dos veces, en el Sinaí, la segunda sin comer ni beber pan ni agua, quiero llamarte un momento la atención, lector benévolo. El número cuarenta tiene en la *Biblia* algo misterioso y chabacano á la vez, que no entiendo. Cuarenta días y sus noches llovió para el diluvio. Cuarenta días es la impureza de la mujer parida. Cuarenta días está Moisés en el Sinaí. Cuarenta días estará más tarde Jesús en el desierto, etc. ¡No te huele esto á manera especial de hablar de los hebreos, á que les hicieran más gracia este número que otro cualquiera? Porque á mí tantas cuarentenas se me han hecho sospechosas.

*
* *

En el capítulo XXXV vuelve á la carga el pesadísimo autor del *Exodo* con la observancia del sábado, estatuto que, por lo repetido, huele ya á puchero de enfermo. Y después pone en boca de Moisés una plática conmovedora con que se engatusa á los israelitas para que den cuanto es necesario para la fabricación del tabernáculo y de los ornamentos del culto. Hecha la requisa, los capítulos XXXVII, XXXVIII y

XXXIX nos cuentan por menudo la fabricación, repitiendo sandiamente, dándolo por hecho, lo que en capítulos antecedentes se describe como ordenado que se haga.

*
* *

Finaliza el *Exodo*, gracias á Dios, con el capítulo XL, en que se verifica la inauguración oficial, como diríamos ahora, del tabernáculo y sus adminículos, sobre el cual descende una cosa misteriosa, que de día era nube y de noche fuego, la cual servía para advertir al pueblo peregrino sus jornadas, pues si reposaban debían estar quietos, caminando solamente cuando se alzaba de sobre el tabernáculo.

¡Qué cosas, Señor, que cosas se han escrito, leído, comentado y creído en este mundo!

EL LEVÍTICO

XIX

Así se titula el tercero de los supuestos libros de Moisés. Contiene XXVII capítulos, en los cuales se establecen los ritos del culto judáico, las distintas clases de sacrificios debidos al excelso Jehová, varias leyes de policía é higiene, otras relativas á la propiedad, sumamente curiosas y originales, se consagra el gran sacerdote Aaron, se establece el diezmo y las primicias en beneficio de la elegida tribu de Leví y se prometen bienes celestiales á porrillo á los cumplidores de los preceptos, así como calamidades sin cuento á sus trasgresores: todo como es de rúbrica ordenado por Jehová ó Moisés, y por éste impuesto á los israelitas.

Francamente, lector, no sé cómo tomar este libro, si en serio ó en broma. Seriamente, considerado, es una monstruosidad: mana sangre por todas sus coyunturas. El culto que en él se orga-

niza, consiste en una perpetua degollación de inofensivos animales, ejecutada por unos hombres que más que sacerdotes parecen carniceros, ó mejor dicho, mozos de matadero. Jehová aparece dictando á Moisés más bien un Manual completo del matarife, que no una ley moral, al ordenarle cómo, cuándo y de qué manera especial se ha de elegir la res, se la ha de acercar al altar, se la ha de degollar, se la ha de abrir, cortar en tales ó cuáles partes, quemar éstas sí y las otras no, ó todas juntas, lo que de estos sacrificios se ha de comer y lo que se debe arrojar, y cómo lo comestible ha de comerse. Item más, la clase de animal que ha de ser sacrificado según el pecado, ó falta, ó impureza cometida y la fortuna del que lo cometió. En suma, cuantas pequeneces, inmundicias y porquerías pueden imaginarse en un Dios que no perdona ocasión de que su altar sea regado con sangre caliente y juvenil: he aquí el fondo del famosísimo *Levitico*.

Tomado en broma este libraco, tan leído y comentado en largos siglos por aquellos vagos de *divina orden*, llamados los levitas, parásitos de la casa de Jacob, dió motivo á homéricas carcajadas, á costa del infelizote judío ó judía que se abstenía de conejo, liebre y tocino, por haber sido estas bestias declaradas *inmundas* por los no menos bestias sacerdotes de un Dios tan sucio como Jehová, cuyo altar había que limpiar á todas horas de los excrementos de animales sacrificados, y sobre el que se quemaban á fuego lento ¡qué asco! grandes cantidades de sebo.

*
* *

Este inmundo y bárbaro libraco del *Levitico* suministra la prueba definitiva de que toda esta llamada *revelación* es la más grosera patraña que se ha presentado en el mundo, y que el que ha hecho decir estas cosas á Dios, es un miserable embaucador.

No hay, para convencerse, más que cotejar estas ordenanzas, establecidas en nombre de Jehová, reveladas por Jehová boca á boca á Moisés, con palabras del profeta Isaías, recogidas por éste de los propios labios del mismo Dios, para notar el renuncio de Jehová; mejor dicho, el renuncio de los dos que han pretendido hacer pasar sus fantasías ó sus doctrinas por palabras de Jehová.

En muchos pasajes del *Levitico*, en efecto, después de ordenarse la clase de víctima, y la manera de ser sacrificada ésta por el sacerdote, se dice clara, explícita, terminantemente, que por este solo hecho le será al hombre, mujer, ó al pueblo todo *perdonado su pecado ó falta*. Isaías, en el capítulo primero de su inspirada profecía, pone estas palabras en boca de Jehová: «Harto estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de animales gruesos: *no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabrios.*»

¿Es Jehová, el eterno, distinto cuando habla á Moisés y cuando habla á Isaías? ¿Es un fatuo que tan pronto se despepita por la sangre como la abomina? ¡Ah no! Los fatuos son Moisés é Isaías al pretender que sus palabras sean otra cosa que traducción de sus respectivos pensamientos particulares; los fatuos son los desdichados que creen posible que Dios, lo infinito, vaya en un instante á revelarse, como tal infinito, á una miserable criatura, con exclusión de todas las demás: los fatuos son los que se someten á la dominación de tales impostores ó alucinados.

Empero, declaro que de tales fatuidades se compone la historia del humano progreso. Veo que de Moisés, que considera limpio al hombre de pecado por la degollación de un carnero, á Isaías, que sólo admite la limpieza por el arrepentimiento y las buenas obras, hay un inmenso progreso en el orden moral, así como le hay en-

tre Moisés y los sectarios de Moloch que, en vez de dar á Dios en sacrificio una humana criatura, como era usual en su tiempo, le da una tórtola ó un becerro.

Bendigamos estos progresos: riámonos á mandíbula batiente de las groseras supersticiones en que vienen envueltos: tengamos por usurpado el augusto nombre del Ser Supremo por los unos y por los otros, y pasemos de largo delante de los que aún, insensatos, pretenden en nuestros días dominarnos, por considerarse herederos de los sucios y toscos carniceros que, con nombre de leyitas, comían á costa de los pobres judíos robándoles en nombre de Dios la décima parte de lo que su sudor hacía producir á la tierra.

*
*
*

Y no te rías maliciosamente ¡oh rabino, que me leas! disponiéndote á perorar hora y media, para convencerme de que no hay contradicción substancial entre Moisés é Isaías. Yo sé que existe; aparte de que no escribo para tí, sino para mipueblo, cristiano y por apéndice católico.

Y este pueblo, á quien trato de persuadir de que la *Santa Biblia* es una *filfa magna*, sabe muy bien que si Moisés é Isaías en nombre de Jehová pidieron para remisión de los pecados bueyes, carneros, machos cabrios, tórtolas y palominos, un altísimo profeta, un apóstol magno, San Pablo, no menos inspirado de Dios que Moisés é Isaías y todos los profetas habidos y por haber, tiene dichas estas magníficas palabras: *Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabrios quite los pe ados.*

Entre el que pide sangre para lavar los pecados, y el que dice que es imposible que la sangre los quite, no cabe acomodamiento.

Ahora bien; como la *Biblia* canónica es un *todo*, y en este todo una parte dice *si* y otra parte *no*, sobre este capital asunto del pecado, la

lógica exige que, ó rechacemos el todo, ó rechacemos lo que dice sí, ó lo que dice no. ¿Estás por la afirmativa? Entonces habló Dios por boca de Moisés, y mienten Isaías y San Pablo. ¿Niegas como éste rotundamente? Declaras impostor á Moisés: porque no cabe suponer que Dios sea el que mienta.

Con Moisés, además, podrás ser judío; pero con San Pablo, no puedes ser buen cristiano. Porque más alto que San Pablo es Jesús, el Hijo de Dios, Dios en persona, que claramente dijo que no venía á derogar la ley de Moisés, sino á cumplirla. ¿Y es manera de cumplirla atacar su fundamento, que es la remisión de los pecados por la sangre de las víctimas designadas en el *Levitico*?

Observa, lector, los líos en que te meterías de no adoptar mi partido, que es el de darles la razón á todos, que es lo mismo que no dársela á ninguno, considerando estas progresivas doctrinas como cosas puramente humanas, y durmiendo á pierna suelta, después de vivir honradamente, no dañando á nadie y dando á cada cual su derecho, importándoseme un bledo de que Moisés se contradiga con Isaías y San Pablo, que no han de responder ciertamente por mí el día del juicio, si es que le hay, ni son necesarios, si por acaso no le hubiera.

XX

Te hago gracia, lector, de todo detalle referente á la degollación de las reses limpiadoras de pecado, porque te imagino poco aficionado á espectáculos de matadero, aunque sólo sea de referencia. Paso por alto la consagración de Aarón, en la cual el consabido milagrillo del fuego que baja del cielo y consume en un decir Jesús el holocausto, se verifica por centésima vez, y carece, por consiguiente, de originalidad. Pero quiero exponer á tu consideración el capítulo XI del

Leítico, que lleva este epígrafe: *¿Qué animales son puros y se pueden comer, y cuáles no?* ¡Cómo, dirás: ¿acaso hay animales puros é impuros! siendo como fueron, según el *Génesis*, creados todos por Dios? Si; los hay. Puros, dirás aún, serán los que, comidos, no dañan; é impuros serán los nocivos como alimento. Pues te engañas, por más que tu reflexión sea natural, y en lo único en que pudiera fundamentarse esta estólida división de animales puros é inmundos. Y para sacarte de tu error, si tal has creído, lee lo lo que sigue, en que no se sabe qué admirar más, si la poca ciencia del naturalista clasificador, ó la estupidez del que imagina á Dios inspirador de estas cosas.

«De entre los animales (dijo Jehová), todo el de pezuña y que tiene las pezuñas hendidas, y que rumia, éste comeréis. Estos, empero, no comeréis de los que no tienen pezuña: el camello, porque rumia, mas no tiene pezuña hendida, habéis de tenerlo por inmundo. También el conejo, porque rumia, más no tiene pezuña, tendréis por inmundo: asimismo la liebre, porque rumia, mas no tiene pezuña, tendréisla por inmunda; también el puerco, porque tiene pezuña, y es de pezuñas hendidas, más no rumia, tendréislos por inmundo.

»De la carne de ellos no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto: tendréislos por inmundos.

»Esto comeréis de todas las cosas que están en las aguas: todas las cosas que tienen aletas y escamas en las aguas de la mar, y en los ríos, aquellas comeréis; mas todas las que no tienen aletas, ni escamas en la mar y en los ríos, así de todo reptil de agua como de toda cosa viviente que está en las aguas, las tendréis en abominación.

»Y de las aves, éstas tendréis en abominación: no se comerán, serán abominación: el águila, el quebrantahuesos, el esmerejon, el milano, y el buitre según su especie; todo cuervo según su

especie; el avestruz, y la lechuza, y el loro, y el gavián según su especie, y el buho, y el somormujo, y el ibis, y el calamón, y el cisne, y el onocrótalo, y el heredion, y el caradrión, según su especie, y la abubilla, y el murciélago.

»*Todo reptil de ave* que anduviere sobre *cuatro pies* tendréis en abominación. Empero esto comeréis de todo reptil de aves que andan sobre cuatro pies, *que tuviere piernas además de sus pies*, para saltar con ellas sobre la tierra; éstos comeréis de ellos: la langosta según su especie, y el langostín según su especie, y el haregol según su especie, y el hahgab según su especie. Todo otro reptil de aves que tenga cuatro pies tendréis en abominación.»

Déjote, lector, integras estas majaderías, comentadas cien veces por higienistas y teólogos, para que te rías de ellas en el estilo que te sea peculiar. Pero observa que en esta España, en que hoy esto escribo yo y lees tú sin peligro, muchas criaturas humanas han sido maltratadas, perseguidas, quemadas á fuego lento por haber *judaizado*, no tocando el tocino ó comiendo conejo. Los bárbaros que esto han hecho se llamaban cristianos, que se creían adoradores de Jesús, del Hijo del Dios Jehová, que dicta estas cosas. Perseguidores y perseguidos son polvo, como lo que comieron ó dejaron de comer, y estarán bien convencidos, ya haya otra vida, ya no la haya, de lo necios que fueron en dar y tomar malos ratos por estas cosas.

¡Oh misera humanidad, destinada á perfeccionarte, caminando por entre estas asperezas!

* * *

Después de hablar en lenguaje poco culto en el capítulo XII de la impureza de la mujer recién parida, que si dió á luz varón es inmunda siete días, más treinta y tres de añadidura que no debo nombrar, y si alumbró hembra dos sema-